

HISTORIA NATURAL Y GENERAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO; ESCRITA POR EL CAPITAN GONZALO HERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, ALCALDE DE LA FORTALEZA DE LA CIUDAD DE SANTO DOMINGO DE LA ISLA ESPAÑOLA, Y CRONISTA DE LA SACRA, CESÁREA Y CATÓLICAS MAJESTADES DEL EMPERADOR DON CARLOS QUINTO DE TAL NOMBRE, REY DE ESPAÑA, Y DE LA SERENÍSIMA Y MUY PODEROSA REINA DOÑA JUANA, SU MADRE, NUESTROS SEÑORES. POR CUYO MANDADO EL AUTOR ESCRIBIÓ LAS COSAS MARAVILLOSAS QUE HAY EN DIVERSAS ISLAS Y PARTES DE ESTAS INDIAS Y IMPERIO DE LA CORONA REAL DE CASTILLA, SEGÚN LO VIO Y SUPO EN VEINTE Y DOS AÑOS Y MÁS QUE HA QUE VIVE Y RESIDE EN AQUELLAS PARTES. (1535)

Capítulo V

Del primer viaje y descubrimiento de las Indias, hecho por don Cristóbal Colón, primer descubridor de ellas, por lo cual, dignamente fue hecho almirante perpetuo de estas mares y imperio de las Indias de estas partes.

Oído habéis cómo y de qué manera y por qué rodeos vino Cristóbal Colón a ser conocido de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, estando sobre la ciudad de Granada con sus ejércitos; y cómo le mandaron despachar y le dieron sus provisiones reales para ello, y se fue a la villa de Palos de Moguer para principiar su viaje. Debéis saber que desde allí principió su camino con tres caravelas; la una y mayor de ellas llamada la Gallega; y las otras dos eran de aquella villa de Palos, y fueron abastecidas y armadas de todo lo necesario. Y según la capitulación que con Colón se tomó, había de haber después una decena parte en las rentas y derechos que el rey hubiese en lo que fuese por Colón descubierto; y así se le pagó todo el tiempo que él vivió, después que descubrió esta tierra; y así lo gozó el segundo almirante, don Diego Colón, su hijo; y así lo goza don Luis Colón, su nieto, tercer almirante, que al presente tiene su casa y Estado.

Antes que Colón entrase en la mar algunos días, tuvo muy largas consultaciones con un religioso llamado fray Juan Pérez, de la orden de San Francisco, su confesor, el cual estaba en el monasterio de la Rábida (que es media legua de Palos, hacia la mar). Y este fraile fue la persona sola de aquesta vida a quien Colón más comunicó de sus secretos; y aun del cual y de su ciencia se dice, hasta hoy, que él recibió mucha ayuda y buena obra, porque este religioso era grande

cosmógrafo. Con el cual estuvo, en el monasterio que es dicho, de la Rábida, algún tiempo, y él lo hizo ir al real de Granada cuando se concluyó su despacho y entendió en ello. Y después se fue Colón al mismo monasterio y estuvo con el fraile comunicando su viaje y ordenando su alma y vida, y apercibiéndose primeramente con Dios, y poniendo, como católico, en sus manos y misericordia su empresa, como fiel cristiano, y como negocio en que Dios esperaba ser tan servido por el acrecentamiento de su república cristiana. Y después de se haber confesado, recibió el santísimo sacramento de la Eucaristía, el día mismo que entró en la mar; y en el nombre de Jesús mandó desplegar las velas y salió del puerto de Palos por el río de Saltes a la mar Océana, con tres caravelas armadas, dando principio al primer viaje y descubrimiento de estas Indias, viernes tres días de agosto, año del nacimiento de nuestro Salvador de mil y cuatrocientos y noventa y dos años, con la buena ventura, efectuando este memorable hecho movido por Dios, el cual quiso hacer a este hombre arbitrario y ministro para tan grande y señalada cosa.

De estas tres caravelas era capitana la Gallega, en la cual iba la persona de Colón; de las otras dos, la una se llamaba la Pinta, de que iba por capitán Martín Alonso Pinzón; y la otra se decía la Niña, y iba por capitán de ella Francisco Martín Pinzón, con el cual iba Vicente Yáñez Pinzón. Todos estos tres capitanes eran hermanos y pilotos, y naturales de Palos, y la mayor parte de los que iban en esta armada eran asimismo de Palos. Y serían, por todos, hasta ciento y veinte hombres; con los cuales, después que estas tres caravelas se dieron a la mar, tomaron su derrota para las islas de Canaria, que los antiguos llaman Fortunadas.

Las cuales estuvieron mucho tiempo que no se navegaban ni se sabían navegar, hasta que después, en tiempo del rey don Juan, segundo de tal nombre en Castilla, siendo niño y debajo de la tutela de la serenísima reina doña Catalina, su madre, fueron halladas y tornadas a navegar y conquistarse estas islas por su mandado y licencia, como más largamente se escribe en la Crónica del mismo rey don Juan segundo. Después de lo cual muchos años, Pedro de Vera, noble caballero de Jerez de la Frontera, y Miguel de Moxica, conquistaron la Gran Canaria en nombre de los Católicos Reyes, don Fernando y doña Isabel, y las otras, excepto la Palma y Tenerife, que por mandado de los mismos reyes las conquistó Alonso de Lugo, al cual hicieron adelantado de Tenerife.

Esta gente de los canarios era de mucho esfuerzo, aunque casi desnuda y tan silvestre, que se dice y afirman algunos que no tenían lumbre ni la tuvieron hasta que los cristianos ganaron

aquellas islas. Sus armas eran piedras y varas, con las cuales mataron muchos cristianos, hasta ser sojuzgados y puestos, como están, debajo de la obediencia de Castilla, del cual señorío son las dichas islas. Y están doscientas leguas de España las primeras; y la isla de Lanzarote y la del Fierro a doscientas y cuarenta; por manera que todas ellas se incluyen en espacio de cincuenta y cinco o sesenta leguas, pocas más o menos. Y están asentadas desde veinte y siete hasta veinte y nueve grados de la línea equinoccial, a la parte de nuestro polo ártico; la última isla de ellas, o más occidental, está del Oeste al Este con el cabo de Bojador en Africa, y a sesenta y cinco leguas de él. Son todas estas islas fértiles y abundantes de las cosas necesarias a la vida del hombre, y de muy templados aires. Pero ya, de la gente natural que había cuando fueron conquistadas, hay poca; mas todas están muy pobladas de cristianos.

Y allí, como en lugar apropiado y para la navegación al propósito, llegó Colón, continuando su primer descubrimiento de estas Indias, con las tres caravelas que tengo dicho, y tomó allí agua, y leña, y carne, y pescado, y otros refrescos, los que le convino para proseguir su viaje. El cual efectuando con su armada, partió de la isla de la Gomera a seis días de septiembre de aquel año de mil y cuatrocientos y noventa y dos años; y anduvo muchos días por el grande mar Océano, hasta tanto que ya los que con él iban comenzaron a desmayar y quisieron dar la vuelta, y temiendo de su camino, murmuraban de la ciencia de Colón y de su atrevimiento; y amotinábasele la gente y los capitanes, porque cada hora crecía el temor en ellos, y menguaba la esperanza de ver la tierra que buscaban. De forma que desvergonzadamente y público le dijeron que los había engañado y los llevaba perdidos; y que el Rey y la Reina habían hecho mal y usado con ellos de mucha crueldad en fiar de un hombre semejante, y dar crédito a un extranjero que no sabía lo que se decía. Y llegó la cosa a tanto, que le certificaron que si no se tornaba, le harían volver a mal de su grado, o le echarían en la mar; porque les parecía que él estaba desesperado, y decían que ellos no lo querían ser, ni creían que pudiese salir con lo que había comenzado, y por tanto, a una voz acordaban de no seguirle.

En esta sazón y contienda, hallaron en la mar grandes praderías, al parecer, de hierbas sobre el agua; y pensando que era tierra anegada, y que eran perdidos, doblábanse los clamores. Y para quien nunca había visto aquello, sin duda era cosa para mucho temer; mas luego se pasó aquella turbación, conociendo que no había peligro en ella, porque son unas hierbas que llaman sargazos [algas], y se andan sobreaguadas en la superficie de la mar. Las cuales, según los tiempos y los agujajes suceden, así corren y se desvían o allegan a Oriente o Poniente, o al Sur, o

a la Tramontana; y a veces se hallan a medio golfo, y otras veces, más tarde y lejos, o más cerca de España. Y algunos viajes acaece que los navíos topan muy pocas o ninguna de ellas; y también a veces hallan tantas, que, como he dicho, parecen grandes prados verdes y amarillos, o de color jade; porque en estas dos colores penden en todo tiempo.

Salidos, pues, deste cuidado y temor de las hierbas, determinados todos tres capitanes y cuantos marineros allí iban, de dar la vuelta, y aun consultando entre sí de echar a Colón en la mar, creyendo que los había burlado, como él era sabio y sintió la murmuración que de él se hacía, como prudente comenzó a los confortar con muchas y dulces palabras, rogándoles que no quisiesen perder su trabajo y tiempo. Acordábales cuánta gloria y provecho de la constancia se les seguiría, perseverando en su camino; prometíales que en breves días darían fin a sus fatigas y viaje, con mucha y indubitada prosperidad, y en conclusión les dijo que dentro de tres días hallarían la tierra que buscaban; por tanto, que estuviesen de buen ánimo y prosiguiesen su viaje, que para cuando decía él les enseñaría un Nuevo Mundo y tierra, y habrían concluído sus trabajos, y verían que él había dicho verdad siempre, así al Rey y Reina Católicos como a ellos; y que si no fuese así, hiciesen su voluntad y lo que les pareciese, que él ninguna duda tenía en lo que les decía.

Con estas palabras movió los corazones de los enflaquecidos ánimos de los que allí iban a alguna vergüenza, en especial a los tres hermanos capitanes pilotos que he dicho; y acordaron de hacer lo que les mandaba, y de navegar aquellos tres días, y no más, con determinación y acuerdo que en fin de ellos darían la vuelta a España, si tierra no viesen. Y esto era lo que ellos tenían por más cierto; porque ninguno había entre ellos que pensase que en aquel paralelo y camino que hacían se había de hallar tierra alguna. Y dijeron a Colón que aquellos tres días que él tomaba de término y les asignaba, le seguirían; pero no una hora más, porque creían que ninguna cosa de cuantas les decía había de ser cierta; y en una conformidad todos rehusaban pasar adelante, diciendo que no querían morir a sabiendas, y que el bastimento y agua que tenían no podía bastar para tornarlos a España sin mucho peligro, por bien que se reglasen en el comer y beber.

Y como los corazones que temen, ninguna cosa sospechan que pueda aflojar sus fatigas, en especial en ejercicio de navegación y semejante, ningún momento cesaban en su murmurar, amenazando a su principal capitán y guía. Ni él tampoco reposaba ni cesaba un punto de confortar y animar a todos a la prosecución de su camino; y cuanto más turbados los veía, más

alegre semblante él mostraba, esforzándolos y ayudándolos a desechar su temerosa turbación. Y aquel mismo día que el almirante Colón estas palabras dijo, conoció realmente que estaba cerca de tierra, en semblante de los celajes de los cielos; y amonestó a los pilotos que, si por acaso las caravelas se apartasen, por algún caso fortuito, la una de la otra, que pasado aquel trance corriesen hacia la parte o viento que les ordenó, para tornar a reducirse en su conserva. Y como sobrevino la noche, mandó apocar las velas y que corriesen con solos los trinquetes bajos; y andando así, un marinero de los que iban en la capitana, natural de Lepe, dijo: "¡Lumbre!... ¡Tierra!..." Y luego un criado de Colón, llamado Salcedo, replicó diciendo: "Eso ya lo ha dicho el Almirante, mi señor"; y en continente Colón dijo: "Rato ha que yo lo he dicho y he visto aquella lumbre que está en tierra." Y así fue: que un jueves, a las dos horas después de medianoche, llamó el Almirante a un hidalgo dicho Escobedo, repostero de estrados del Rey Católico, y le dijo que veía lumbre. Y otro día de mañana, en esclareciendo, y a la hora que el día antes había dicho Colón, desde la nao capitana se vio la isla que los indios llaman Guanàhaní, de la parte de la Trotamontana o Norte. Y el que vio primero la tierra, cuando ya fue de día, se llamaba Rodrigo de Triana, a once días de octubre del año ya dicho de mil y cuatrocientos y noventa y dos.

Y de haber salido tan verdadero el almirante en ver la tierra en el tiempo que había dicho, se tuvo más sospecha que él estaba certificado del piloto que se dijo que murió en su casa. Y también podría ser que, viendo determinados a cuantos con él iban para se tornar, dijese que si en tres días no viesen la tierra se volbiesen, confiando que Dios se la enseñaría en aquel término que les daba para no perder trabajo y tiempo.

Tornando a la historia, aquella isla que se vio primero, según he dicho, es una de las islas que dicen de los Lucayos. Y aquel marinero que dijo primero que veía lumbre en tierra, tornado después en España, porque no se le dieron las albricias, despechado de aquesto, se pasó en Africa y renegó de la fe. Este hombre, según yo oí decir a Vicente Yáñez Pinzón y a Hernán Pérez Mateos, que se hallaron en este primer descubrimiento, era de Lepe, como he dicho.

Así como el Almirante vio la tierra, hincado de rodillas y saltándosele las lágrimas de los ojos del extremado placer que sentía, comenzó a decir con Ambrosio y Augustino: *Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur*, etc.: y así, dando gracias a Nuestro Señor con todos los que con él iban, fue inestimable el gozo que los unos y los otros hacían. Tomábanle unos en brazos, otros le besaban las manos, y otros le demandaban perdón de la poca constancia que habían

mostrado. Algunos le pedían mercedes y se ofrecían por suyos. En fin, era tamaña la alegría y regocijo que, abrazándose unos con otros, no se conocían con el placer de su buena andanza. Lo cual yo creo bien, porque, sabiendo como sabemos los que ahora vienen de España, y los que de acá vuelven allá, que el viaje y camino es seguro y cierto, no tiene comparación otro placer con el que reciben los que hace días que navegan, cuando ven la tierra. Ved qué tal sería el de los que en tan dudosa jornada se hallaron, viéndose certificados y seguros de su descanso.

Pero habéis de saber que, por el contrario dicen algunos lo que aquí se ha dicho de la constancia de Colón: que aun afirman que él se tornara de su voluntad del camino y no lo concluyese, si estos hermanos Pinzones no le hicieran ir adelante; y diré más: que por causa dellos se hizo el descubrimiento, y que Colón ya quería dar la vuelta. Esto será mejor remitirlo a un largo proceso que hay entre el Almirante y el fiscal real, donde a pro y contra hay muchas cosas alegadas, en lo cual yo no me entremeto; porque, como sean cosas de justicia, y por ella se han de decidir, quédense para el fin que tuvieren. Pero yo he dicho en lo uno y en lo otro ambas las opiniones: el lector tome la que más le dictare su buen juicio.

Tardóse el Almirante en llegar desde las islas de Canaria hasta ver la primera tierra que he dicho, treinta y tres días; pero él llegó a estas islas, primeras que vio, en el mes de octubre del año de mil y cuatrocientos y noventa y dos años.

Capítulo VI

Cómo el Almirante descubrió esta isla Española y dejó en ella treinta y ocho cristianos en tierra del rey o cacique Goacanagarí, en tanto que llevaba las nuevas del descubrimiento primero de estas partes; y cómo volvió a España en salvamento.

En aquella isla que he dicho de Guanahaní hubo el Almirante y los que con él iban, vista de indios y gente desnuda, y allí le dieron noticia de la isla de Cuba. Y como parecieron luego muchas isletas que están juntas y en torno de Guanahaní, comenzaron los cristianos a llamarlas islas Blancas (porque así lo son por la mucha arena), y el Almirante les puso nombre las Princesas, porque fueron el principio de la vista de estas Indias. Y arribó a ellas, en especial a la de Guanahaní, y estuvo entre ella y otra que se dice Caicos; pero no tomó tierra en ninguna de ellas, según afirma Hernán Pérez Mateos, piloto que hoy día está en esta ciudad de Santo

Domingo, que dice que se halló allí. Pero a otros muchos he oído decir que el Almirante bajó en tierra en la isla de Guanahaní, y la llamó San Salvador, y tomó allí la posesión; y esto es lo más cierto y lo que se debe creer de ello. Y de allí vino a Baracoa, puerto de la isla de Cuba de la banda del Norte; el cual puerto es doce leguas más al Poniente de la punta que llaman Maicí; y allí halló gente, así de la propia isla de Cuba como de las otras que están al Norte opuestas, que son la isla Guanahaní que tengo dicho y otras muchas que allí hay, que se llaman islas de los Lucayos generalmente todas ellas, no obstante que cada una tiene su propio nombre y son muchas: así como Guanahaní, Caicos, Jumeto, Yabaque, Mayaguana, Samana, Guanima, Yuma, Curateo, Ciguato, Bahama (que es la mayor de todas), el Yucayo y Necua, Jabacoa y otras muchas isletas pequeñas que por allí hay.

Tornando a la historia, llegado, pues, el Almirante a la isla de Cuba, donde he dicho, saltó en tierra con algunos cristianos, y preguntaba a los indios por Cipango, y ellos, por señas, le respondían y señalaban que era esta isla de Haití, que ahora llamamos Española. Y creyendo los indios que el Almirante no acertaba el nombre, decían ellos: "¡Cibao! ¡Cibao!", pensando que por decir Cibao decían Cipango; porque Cibao es donde en esta isla Española están las minas más ricas y de más fino oro. Y así, el Almirante, con las tres caravelas, guiados por los indios, de los cuales algunos, de su grado, se entraron en los navíos, se embarcó en aquel puerto de Baracoa de Cuba y vino a esta isla de Haití, que ahora llamamos Española, y de la parte o banda del Norte surgió en un muy buen puerto, y llamóle Puerto Real. Y a la entrada de él, tocó en tierra la nao capitana, llamada Gallega, y abrióse; pero no peligró ningún hombre; antes, muchos pensaron que mañosamente la habían hecho tocar para dejar en la tierra parte de la gente, como quedó. Y allí salió el Almirante con toda su gente; y luego vinieron a habla y conversación con los cristianos muchos indios de paz de aquella tierra, la cual era del señorío del rey Guacanagarí (que los indios llaman cacique, así como los cristianos decimos rey), con el cual se trató luego la paz y amistad. Y él vino a ella muy de grado, y se vio con el Almirante y los cristianos muy domésticamente y muy continuo, y se le dieron algunas cosas de poco valor entre los cristianos, pero de los indios muy estimadas, así como cascabeles, alfileres, agujas y algunas cuentas de vidrio de diversas colores; lo cual el cacique y sus indios, con mucha admiración contemplando, mostraban apreciarlo y estimar, y holgaban mucho de que algo así se les daba, y ellos traían a los cristianos de sus manjares y cosas que tenían.

Viendo el Almirante que aquesta gente era tan doméstica, parecióle que seguramente podría dejar allí algunos cristianos para que en tanto que él volvía a España, aprendiesen la lengua y costumbres de esta tierra. Y hizo hacer un castillo cuadrado, a manera de palenque, con la madera de la caravela capitana o Gallega (que es dicho que tocó al entrar del puerto), y con fajina [leña] y tierra, lo mejor que se pudo fabricar, en la costa, a par del puerto y arrecifes de él, en un arenal. Y dió orden el Almirante a treinta y ocho hombres que allí mandó quedar, de lo que habían de hacer en tanto que él llevaba tan prósperas nuevas de su descubrimiento a los Reyes Católicos, y tornaba con muchas mercedes para todos, ofreciéndoles cumplidos galardones a los que así quedaban. Y nombró entre aquéllos por capitán a un hidalgo llamado Rodrigo de Arana, natural de Córdoba, y mandóles que le obedeciesen como a su persona. Y para si aquél muriese en tanto que él volvía, señaló otro, y para después del segundo nombró otro tercero; de forma que nombró dos para después de los días del primero. Y dejó con ellos a un maestre Juan, cirujano, buena persona. Y amonestó a todos que no entrasen en la tierra adentro, ni se desacaudillasen, ni dividiesen, ni tomasen mujeres, ni diesen pesadumbre ni enojo alguno a los indios por ningún caso, en cuanto posible les fuese.

Y como se perdió la nao capitana, pasóse el Almirante a la caravela la Niña, en que iban Francisco Martín y Vicente Yáñez Pinzón. Mas como la quedada de aquesta gente no le gustó al capitán de la otra caravela, Pinta, llamado Martín Alonso Pinzón, hermano de estos otros, contradíjolo todo cuanto él pudo; y decía que era mal hecho que aquellos cristianos quedasen tan lejos de España, siendo tan pocos, y porque no se podrían proveer ni sostener y se perderían. Y a este propósito dijo otras palabras, de que el Almirante se resabió, y sospechóse que le quisiera prender; y el Martín Alonso, con temor que hubo de esta sospecha, se salió a la mar con su caravela Pinta, y fuese al puerto de Gracia, veinte leguas al Este u Oriente apartado del dicho Puerto Real.

Y en tanto que el Almirante tardó en la obra que dije de aquel castillo, súpose, de los indios de la tierra, dónde estaba el Alonso Martín y la otra caravela; y luego los otros dos hermanos Pinzones, que estaban con el Almirante, procuraron de reconciliarle y volver a la gracia del Almirante, y acabaron con él que le perdonase. Y él lo hizo así por muchos respetos, y en especial porque la mayor parte de cuantos hombres de la mar tenía, eran parientes y amigos destos Pinzones hermanos, y de una tierra, y estos tres eran los más principales. Y así como le perdonó, le escribió una carta muy generosa, como en el caso convenía, y mandó que aquel

puerto se llamase puerto de Gracia, y así se nombra hasta ahora. Y los indios que llevaron la carta, volvieron con otra, respondiendo Martín Alonso al Almirante y teniéndole en merced el perdón; y así se concertaron para que en cierto día el Martín Alonso, desde donde estaba con aquella caravela, y el Almirante con la otra, se fuesen a juntar en la Isabela, y allí saltaron todos en tierra muy conformes. Aquel asiento de la Isabela es en la misma costa, diez y ocho leguas, o poco más, al Este de Puerto Real.

No fue poca maravilla para los indios ver cómo por las cartas los cristianos se entendían; y llevábanlas puestas los mensajeros en un palillo, porque con temor y acatamiento las miraban, y creían que cierto tenían algún espíritu y hablaban, como otro hombre, por alguna deidad o no arte humana.

Juntos el Almirante y su gente, y quedando los treinta y ocho hombres donde se dijo, tomaron agua y leña, y lo que más pudieron de los bastimentos de esta tierra, para que más les durasen los que les quedaban de los que trajeron de Castilla; y salieron de la Isabela, el cual nombre el Almirante puso a aquella provincia y puerto en memoria de la Católica Reina doña Isabel. Y desde allí ambas caravelas fueron a Puerto de Plata, el cual nombre le puso el Almirante; y después fueron a puerto de Samaná, así llamado por los indios. Y desde Samaná (que es en esta isla Española, de la banda del Norte) tomaron estas dos caravelas su derrota para Castilla, con mucho placer, encomendándose todos a Dios y a la buena ventura de los Católicos Reyes de España, que tan grandes nuevas esperaban, aunque no confiados de la ciencia de Colón, sino de la misericordia de Dios.

Y llevó de este camino el Almirante nueve o diez indios consigo, para que, como testigos de su buena ventura, besasen las manos al Rey y a la Reina, y viesen la tierra de los cristianos y aprendiesen la lengua, para que cuando aquestos acá tornasen, ellos y los cristianos que quedaban encomendados a Goacanagarí, y en el castillo que es dicho de Puerto Real, fuesen lenguas y intérpretes para la conquista y pacificación y conversión de estas gentes.

Y así como Dios Nuestro Señor fue servido que estas tierras se descubriesen, y que para hallarlas hubiese sido próspera y acertada la navegación de este primer viaje, y en breve tiempo, así tuvo por bien y permitió que fuese favorable la vuelta, y llevó en salvamento este primer descubridor de estas Indias a España. Y fue a reconocer las islas de los Azores, y a cuatro días de marzo de mil y cuatrocientos y noventa y tres entró en Lisboa, desde donde se fue al puerto de Palos, adonde se había embarcado cuando comenzó esta jornada.

Y no estuvo desde que partió de esta isla hasta que en Castilla tomó tierra, sino cincuenta días. Pero estando ya cerca de Europa, por tormenta, se apartaron la una caravela de la otra, y corrió el Almirante a Lisboa, y el Martín Alonso a Bayona de Galicia. Y después, cada navío de estos tomó su camino para el río de Saltes, y de caso entraron en un mismo día; y entró el Almirante por la mañana, y la otra caravela llegó en la tarde. Y porque se tuvo sospecha que por las cosas pasadas el Almirante haría prender al Martín Alonso Pinzón, salióse en una barca del navío, así como entraba a la vela, y fuese donde le pareció, secretamente, y el Almirante luego se partió para la corte con la grande nueva de su descubrimiento. Y como el Martín Alonso supo que era ido, fuese a Palos, a su casa, y murió a pocos días, porque iba muy doliente.

Tardó el Almirante en reconocer la primera tierra de estas Indias en las islas de los Lucayos, según he dicho, desde que de España partió, casi tres meses, y en volver a España y en lo que acá se detuvo, otros tres; y en todo estuvo en la venida y vuelta seis meses, diez días más o menos.

Tornando a la historia, digo que después que Colón salió en Palos con los indios que llevaba de estas islas (de los cuales uno se le había muerto en la mar) tomó los seis que iban sanos, y dejó allí dos o tres que estaban dolientes, y fuese a la corte de los Católicos Reyes a darles cuenta de su prosperidad y de lo que Dios acrecentaba en los reinos y señoríos de Castilla. La cual nueva no se esperaba en tan breve tiempo, porque, en la verdad, fue cosa de admiración, según lo que después tardaban otras naos y caravelas en venir y volver desde acá, hasta que esta navegación se fue mejor entendiendo. Y aun hoy que se sabe mejor, sería asaz dos navíos andar lo que aquéllos anduvieron en tan breve tiempo; puesto que, como digo, ahora está la navegación entendida, y estonces la anduvieron a tienta y con la sonda siempre en la mano, apocando las velas de noche, y en recelo, como lo suelen hacer los que son prudentes y sabios pilotos, cuando descubren y van por mares que no se saben ni han navegado.

En esto, que a los hombres de la tierra y que no han cursado la mar no les parecerá por ventura bien, o no tan sabroso, de mi obra, tengan respecto a que yo escribo para los unos y los otros; tome cada uno lo que hace a su gusto o propósito, y lo otro déjelo para cuyo es. Que bien veo que los hombres de la mar me culparían si no pudiese apuntase lo que es para ellos; y los caballeros y gente ejercitada en la tierra, que no entendieren algunos términos de la navegación, con que me conviene dar cuenta de estas cosas de la mar, pasen adelante: que aquello no les impide lo demás.

Capítulo VII

De cuatro cosas notables en el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos años; y de cuando el almirante don Cristóbal llegó a la corte de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, y de las mercedes que le hicieron después que volvió a España del primer descubrimiento de las Indias; y la razón porque se debe creer que en estas partes fue predicado el Evangelio por los apóstoles o por alguno de ellos.

Con menor autoridad enseña el que habla las cosas que oyó, que el que dice las que vio. Esto, San Gregorio lo dice sobre los capítulos catorce y quince de Job; mas yo no lo traigo aquí a consecuencia solamente por los que aquestas cosas de Indias las han escrito desde España por oídas, sino dígolo porque hablaré aquí de las de España desde las Indias. Mas hay en ello lo uno y lo otro; porque, aunque vivo acá, vi lo que acaeció acullá.

Y porque no es fuera de mi propósito, digo que fue muy notable en España el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos años; en el cual, a los dos días del mes de enero tomaron los Católicos Reyes, don Fernando y doña Isabel, la muy nombrada y gran ciudad de Granada. El mismo año, en fin de julio, echaron los judíos de sus reinos. El mismo año, viernes, siete días del mes de diciembre, un villano, natural del lugar de Remensa, del principado de Cataluña, llamado Juan de Cañamares, dió en Barcelona una cuchillada al Rey Católico en el pescuezo, tan peligrosa, que llegó a punto de muerte; del cual traidor fue hecha muy señalada justicia, no obstante que, según pareció, él estaba loco, y siempre dijo que si le matara, que él fuera rey. Y en aquel mismo año descubrió Colón estas Indias, y llegó a Barcelona en el siguiente de mil y cuatrocientos y noventa y tres años, en el mes de abril, y halló al Rey asaz flaco, pero sin peligro de su herida.

Aquestos notables se han traído a la memoria, para señalar el tiempo en que Colón llegó a la corte, en lo cual yo hablo como testigo de vista, porque me hallé paje, muchacho, en el cerco de Granada, y vi fundar la villa de Santa Fe en aquel ejército, y después vi entrar en la ciudad de Granada al Rey y Reina Católicos, cuando se les entregó; y vi echar los judíos de Castilla; y

estuve en Barcelona cuando fue herido el Rey como he dicho; y vi allí venir al Almirante, don Cristóbal Colón, con los primeros indios que de estas partes fueron en el primer viaje y descubrimiento. Así que no hablo de oídas en ninguna de estas cuatro cosas, sino de vista; aunque las escriba desde aquí, o, mejor diciendo, ocurriendo a mis memoriales, desde el mismo tiempo escritas en ellos. Volvamos a nuestra historia.

Después que fue llegado Colón a Barcelona, con los primeros indios que de estas partes a España fueron, o él llevó, y con algunas muestras de oro, y muchos papagayos y otras cosas de las que acá estas gentes usaban, fue muy benigna y graciosamente recibido del Rey y de la Reina. Y después que hubo dado muy larga y particular relación de todo lo que en su viaje y descubrimiento había pasado, le hicieron muchas mercedes aquellos agradecidos príncipes, y le comenzaron a tratar como a hombre generoso y de Estado, y que por el gran ser de su persona propia, tan bien lo merecía.

Mas a mi parecer, digo que en aquestas nuestras Indias, justo es que se tenga y afirme que fue predicada en ellas la verdad evangélica; y primero en nuestra España por el apóstol Santiago, y después la predicó en ella el apóstol San Pablo, como lo escribe San Gregorio. Y si desde nuestra Castilla se cultivó acá y transfirió la noticia del Santo Evangelio en nuestros tiempos, no cesa por eso que, desde el tiempo de los apóstoles, no supiesen estas gentes salvajes de la redención cristiana y sangre que nuestro Redentor Jesucristo vertió por el humano linaje; antes es de creer que ya estas generaciones y indios de estas partes lo tenían olvidado; pues que *In omnem terrant exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum*.¹ Conforme a lo que es dicho del salmista David, dice San Gregorio, sobre el capítulo diez y seis de Job, estas palabras: la Santa Iglesia ha ya predicado en todas las partes del mundo el misterio de nuestra Redención. Así que estos indios ya tuvieron noticia de la verdad evangélica y no pueden pretender ignorancia en este caso; quédese esto a los teólogos, cuya es esta materia. Pero quiero decir que, puesto que de nuestra santa fe católica acá hubiesen habido noticia los antecesores de estos indios, ya estaba fuera de la memoria de estas gentes; y así fue grandísimo servicio el que a Dios hicieron los Reyes Católicos en el descubrimiento de estas Indias. Y grande fue el mérito que adquirió nuestra nación en ser por españoles buscadas estas provincias; y tantos reinos de gentes perdidas y idólatras, por la industria y en compañía y debajo de la guía del primer almirante don Cristóbal Colón, reedificando y tornando a cultivar en estas tierras, tan apartadas de Europa, la sagrada

¹ La cita se encuentra en la Epístola a los Romanos de San Pablo, cap. 10, vers. 18.

pasión y mandamientos de Dios y de su Iglesia católica, donde tantos millones de ánimas gozaba, o mejor diciendo, tragaba el infierno; y donde tantas idolatrías y diabólicos sacrificios y ritos, que en reverencia de Satanás se hacían muchos siglos había, cesasen; y donde tan nefandos crímenes y pecados se ejercitaban, se olvidasen.

En esto se podría decir tanto, que en muchas historias no se pudiese acabar de relatar los méritos de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, y de sus sucesores, por la continuación del santo celo y obra para la conversión de estas gentes. Porque, en la verdad, por su real voluntad y expresos mandamientos y muy continuado cuidado, siempre han proveído en el remedio de las ánimas de estos indios, y en el buen tratamiento de ellos. Y si en este caso algo ha faltado, es a causa de los ministros; y no tiene la culpa otro sino el que acá viene por gobernador o prelado y en esto se descuida; pero no dura más su negligencia de cuanto tarda de llegar a noticia de César o de su Real Consejo de Indias, donde luego se provee con grande atención en el reparo y enmienda, como conviene.

Yo, en la verdad, la principal causa de lo que en este caso puede haber mal sucedido, o no tan bien efectuándose como fuera razón, tampoco la quiero dar a los oficiales o ministros de tan santa y pía obra como es adoctrinar esta generación de indios, sino a ellos mismos, especialmente por su incapacidad y malas inclinaciones; porque es cierto que son muy raros, y aun rarísimos, aquellos que en tanta multitud de ellos perseveran en la fe; antes deslizan de ella como el granizo de las puntas de las lanzas. Es menester que Dios ponga en esto su mano para que así los que enseñan como los enseñados, aprovechen más que hasta aquí. Vuelvo a la historia.

Seis indios llegaron con el primer Almirante a la corte, a Barcelona, cuando he dicho; y ellos, de su propia voluntad, y aconsejados, pidieron el bautismo; y los Católicos Reyes, por su clemencia, se lo mandaron dar; y juntamente con Sus Altezas, el serenísimo príncipe don Juan, su primogénito y heredero, fueron los padrinos. Y a un indio, que era el más principal dellos, llamaron don Fernando de Aragón, el cual era natural de esta isla Española, y pariente del rey o cacique Goacanagarí; y a otro llamaron don Juan de Castilla; y a los demás se les dieron otros nombres, como ellos los pidieron o sus padrinos acordaron que se les diese, conforme a la Iglesia Católica. Mas a aquel segundo que se llamó don Juan de Castilla, quiso el príncipe para sí, y que quedase en su real casa, y que fuese muy bien tratado y mirado, como si fuera hijo de un caballero principal a quien tuviera mucho amor. Y le mandó adoctrinar y enseñar en las cosas de

nuestra santa fe, y dio cargo de él a su mayordomo Patiño; al cual indio yo vi en estado que hablaba ya bien la lengua castellana; y después, de allí a dos años, murió.

Todos los otros indios volvieron a esta isla en el segundo viaje que a ella hizo el Almirante; al cual aquellos gratísimos Príncipes Católicos hicieron señaladas mercedes, y en especial le confirmaron su privilegio, en la dicha Barcelona, a veinte y ocho de mayo de mil y cuatrocientos y noventa y tres. Y entre otras, de más de le hacer noble y dar título de almirante perpetuo de estas Indias a él y a sus sucesores, por vía de mayorazgo, y que todos los que de él dependiesen, y aun sus hermanos, se llamasen don, le dieron las mismas armas reales de Castilla y de León, mezcladas y repartidas con otras que asimesmo le concedieron de nuevo, aprobando y confirmando de su autoridad real las otras armas antiguas de su linaje.

Capítulo VIII

Del segundo viaje que el Almirante primero, don Cristóbal Colón, hizo desde España a esta isla de Haití o Española; y de cómo halló muertos los cristianos que habia dejado en tierra del rey Guacanagarí; y de la concesión que el Papa Alejandro VI hizo de estas Indias a los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, y sus sucesores en los reinos de Castilla y de León. Y del descubrimiento de las islas de los indios flecheros, llamados caribes, y otras cosas notables.

¿Quién hay que no sepa que dio el Señor las cosas terrenas para nuestros usos, y que crio las ánimas de los hombres para los suyos, como nos lo recuerda San Gregorio? Así pues, conforme a esto, los bienaventurados reyes don Fernando y doña Isabel, deseando que las ánimas destos indios fuesen para Dios, mandaron que el almirante don Cristóbal Colón volviese a esta isla de Haití o Española, con muy buena armada, en que vinieron algunos caballeros y hidalgos de su casa real, y otros nobles varones y hombres de claros linajes, deseosos de ver esta nueva tierra y las cosas de ella.

Y hubieron primero aquellos santos príncipes la merced y concesión de estas Indias por el Sumo Pontífice, así porque con más justo título su santo propósito se efectuase (que era ampliar la religión cristiana, como siervos de Dios, aunque para esto no tuviesen necesidad, tomaron licencia y título del vicario de Cristo, a quien ellos siempre con fiel corazón tuvieron obediencia), como por ser estas mares y imperio de la corona y conquista de Castilla, y haberse solamente los Católicos Reyes, don Fernando y doña Isabel, ocupado en este memorable y santo

ejercicio; cuanto más que, por lo que tengo dicho, ya muchos siglos antes fue este señorío de los reyes de España.

Y así el Papa dió al Rey y Reina y sus sucesores en los reinos de Castilla y de León estas Indias, y todo lo demás, fabricando una línea de polo a polo, por diámetro, desde cien leguas adelante de las islas de los Azores y de las de Cabo Verde, y desde allí, discurriendo al Poniente, todo lo que en el mundo se hallase, de que no tuviese actual posesión algún príncipe cristiano.

Después de lo cual, fue convenido y asentado entre España y Portugal, que desde las dichas islas que dije, trescientas y setenta leguas de ellas al Occidente, se hiciese una línea de polo a polo, y lo que quedase entre esta línea la que se dijo primero, fuese de Portugal; y de aquí los portugueses interpretan que les queda todo lo del Oriente, en lo cual se engañan. De manera que, conforme a la bula o donación apostólica hecha a Castilla y a los reyes de ella, se comprenden todas las islas de la Especiería y de Maluco y Bruney (donde se coge la canela), con toda la Especiería y lo demás del mundo, hasta tornar por el Oriente a la línea primera que se dijo del diámetro, significada a las cien leguas de las islas de los Azores y de Cabo Verde. Y esto, como he dicho, cae en la parte así concedida a los Reyes Católicos, de gloriosa memoria, y pertenece a la corona de Castilla.

Pues conforme a lo amonestado por el Santo Padre en su bula y donación apostólica, cerca del cuidado que se debe tener en la conversión de los indios, vinieron religiosos, personas de aprobada y santa vida y letras. En especial fue escogido para esto fray Buil, de la orden de San Benito, natural de Cataluña; al cual el mismo Santo Padre dió plenísimo poder para la administración de la Iglesia en estas partes, como prelado y cabeza de los clérigos y religiosos que en aquesta sazón acá pasaron para el servicio del culto divino y conversión destes indios. Y trajeron los ornamentos y cruces y cálices y imágenes, y todo lo que era necesario para las iglesias y templos que se hiciesen. Y en la bula susodicha apostólica amonestó y mandó el Papa, en virtud de santa obediencia, al Rey y a la Reina, que enviasen, para lo que es dicho, a estas Indias, buenos varones y temerosos de Dios, doctos y expertos, para instruir y enseñar los habitantes de estas nuevas tierras en la fe católica y en buenas costumbres, con la debida diligencia que para tan santa y ardua cosa convenía.

Y así, conforme a esta amonestación del Sumo Pontífice y al santo celo que los Católicos Reyes tuvieron para cumplir por su parte lo que en ellos era, en cumplimiento de lo que es dicho, buscaron en todos sus reinos tales personas como eran necesarias, así de eclesiásticos como de

seglares. Y con una muy hermosa armada, y lucida y noble compañía de gente, cual he dicho, se partió el mismo año el Almirante de la corte, desde la ciudad de Barcelona para la provincia de Andalucía; y llegado a la ciudad de Sevilla, comenzóse allí a juntar la gente, y las naos y caravelas, en la bahía de Cádiz, para esta flota.

Desde allí, hecho su alarde, y dada la orden y derrota a cada capitán y a los maestros y pilotos, para su viaje, con la buena ventura salió con su armada a la vela, miércoles veinte y cinco días del mes de septiembre de mil y cuatrocientos y noventa y tres años. Y al cuarto del alba soltó las velas la nao capitana, y lo mismo hicieron todas las otras naos y caravelas, que eran, por todas, diez y siete velas, en que había mil y quinientos hombres de hecho, muy bien aderezados y proveídos de armas y municiones y bastimentos y de todo lo necesario; la cual gente vino al sueldo real. Y en esta armada vinieron personas religiosas, y caballeros y hidalgos, y hombres de honra y tales cuales convenía para poblar tierras nuevas y las cultivar santa y rectamente en lo espiritual y temporal; y como por tan cristianísimos príncipes proveído, muchos criados de su casa real; y a todos los más de los principales de ellos los vi y conocí. Y algunos al presente hay vivos en estas Indias y en España, aunque son ya muy pocos los que quedan de ellos.

Tornando la historia al camino, digo que el Almirante, como más diestro en la navegación, por la experiencia del primer viaje, trajo más derecha y justa su derrota en este segundo. Y la primera tierra que halló y reconoció fue una isla que él nombró, así como la vio, la Deseada, conforme al deseo que él y todos los de su flota traían de ver la tierra. Y asimismo se vió luego otra isla, y llamóla Marigalante, porque la nao capitana en que el mismo Almirante venía se llamaba así; y puso nombre a todas las otras islas que están en aquel paraje de Norte a Sur, o de polo a polo; conviene a saber: a la parte de la Tramontana, primera y más cercana isla, Guadalupe, la Barbada, el Aguja, el Sombrero y otras; y más cercanas a ella, el Anegada, desde la cual, al Poniente, están muchas isletas que llaman las Vírgenes, y más adelante está la isla Boriquén, que ahora se llama San Juan, la cual isla es muy rica y de las más notables, como se dirá adelante en su lugar. A la parte austral de la dicha isla Deseada, la más próxima a ella es la isla Dominica, a la cual el Almirante nombró así porque en domingo fue vista. Y los Todos Santos es otra isla; y más al Mediodía está Martinino, la cual han querido algunos cronistas decir que era poblada de amazonas, y otras fábulas muy desviadas de la verdad, como parece por sus tratados, y se ha después averiguado por los que habemos visto la isla y las otras de su paraje; y

es todo falso lo que de esta se ha dicho cuanto a ser poblada de mujeres solamente, porque no lo es ni se sabe que jamás lo fuese.

Hay otras islas por allí, así como Santa Lucía, San Cristóbal, los Barbados y otras que no hacen mucho al caso, porque son muchas y pequeñas. Pero cuando se diga del descubrimiento de la Tierra Firme, se dirán otras que hay entre aquestas que he nombrado y la costa de Tierra Firme, de estas que he dicho y otras que están con ellas, así como Libuqueira, a la cual los cristianos llamamos Santa Cruz y el cronista Pedro Mártir la llama Ayay.

Y las de al par de ella todas, o las más, estaban pobladas de indios flecheros llamados caribes, que en lengua de los indios quiere decir bravos y osados. Estos tiran con hierba tan pestífera y enconada, que es irremediable; y los hombres que son heridos con ella, mueren rabiando y haciendo muchas bascas, y mordiéndose sus propias manos y carnes, desatinados del dolor grandísimo que sienten. Y cuando alguno escapa es por sobrada dieta, y diligencia de algunas medicinas apropiadas contra ponzoña, de las cuales, hasta ahora, acá se ven pocas que aprovechen; pero lo más cierto, cuando alguno sana, es por ser hecha la hierba de mucho tiempo, o por faltarle alguno de los materiales ponzoñosos de que es compuesta, como adelante se dirá; porque en diversas partes, diversa manera de hacer esta hierba tienen los indios. Estos flecheros de estas islas que tiran con hierba, comen carne humana, excepto los de la isla de Boriquén. Pero, demás destos de las islas, también la comen en muchas partes de la Tierra Firme, como se dirá en su lugar. Y aquesto mismo dice Plinio que hacen los antropófagos en Scitia; el cual autor dice asimismo que demás de comer carne humana, beben con las cabezas o calaveras de los hombres muertos, y, que los dientes, con los cabellos de ello, traen por collares; y de estos tales collares he yo visto algunos, en la Tierra Firme.

Tornemos a nuestra historia y camino: que para lo que se toca más arriba, y de otras criminales costumbres de los indios, en su lugar se dirá más largamente. Digo, pues, así: que reconocidas estas primeras islas Deseada y las que están más cercanas a ella, pasó el Almirante y su armada, prosiguiendo su viaje, entre las unas y las otras, después que hubieron tomado agua en una de ellas: y idos adelante, reconocieron la isla de Boriquén, que, como se dijo más arriba, es ahora llamada San Juan. Y aquesta es la mayor isla de las que hay en aquel paraje, y más principal de cuyo sitio y medida, y asiento y gente, y de lo que hay desde España hasta ella y a las que tengo dicho, se hará especial mención en su lugar, cuando convenga. Y no entienda el lector, como han querido afirmar algunos que han escrito estas cosas de Indias, que todas estas

islas que he nombrado las descubrió el Almirante en este segundo viaje; porque, aunque halló la Deseada y las que, viendo aquélla, era forzado que asimismo se viesen, por ser tan propincuas unas con otras, después, andando el tiempo, se hallaron y se conquistaron por diversos capitanes, y se descubrieron las más de ellas por la continuación de la navegación de estas mares.

Tornando a nuestro propósito y camino, digo que después que pasó esta armada de la isla de Boriquén o San Juan, vino a esta de Haití, que llamamos Española, y tomó puerto en ella el mes de diciembre del mismo año de mil y cuatrocientos y noventa y tres años, en Puerto de Plata, que es de la banda del Norte. Y desde allí fue, por la costa abajo al Occidente, a la Isabela; y de allí pasó a Monte-Cristo, donde señoreaba el rey Goacanagarí, que es a donde ahora se llama Puerto Real. La cual tierra poseía un hermano suyo, a quien él había dado aquella provincia: y allí habían quedado los treinta y ocho hombres que dejó el Almirante en el primer viaje, cuando descubrió esta tierra y isla: a los cuales todos habían muerto los indios, no pudiendo sufrir sus excesos porque les tomaban las mujeres y usaban de ellas a su voluntad, y les hacían otras fuerzas y enojos, como gentes sin caudillo y desordenada. Y habíanse apartado unos de otros, uno a uno, y dos a dos, y cuando más, tres o cuatro juntos, por diversas partes la tierra adentro, por donde querían, continuando su desorden; y como los indios los vieron así divisos y separados, acordaron de los matar, desconfiando de la vuelta del Almirante y creyendo que no habían de volver jamás otros cristianos: y así acabaron aquellos pocos que entre ellos estaban esparcidos dándoles enojo. También fue la causa ser naturalmente la gente de esta tierra de poca o ninguna prudencia, porque nunca tienen respecto a lo porvenir.

Murieron aquellos treinta y ocho cristianos (según después se supo de los mismos indios) por lo que es dicho y porque no quisieron estar quedos en el asiento que el Almirante los había dejado. El cual, como fue certificado de la verdad, se volvió a poblar en la Isabela; y hizo allí un pueblo de la gente que trajo (que, como se dijo más arriba, serían mil y quinientos hombres), y puso nombre a aquella ciudad Isabela, en memoria de la serenísima y Católica Reina doña Isabel.

Capítulo XII

De lo que hizo el almirante don Cristóbal Colón, después que supo que los indios habían muerto los cristianos que dejó en esta isla Española el primer viaje; y cómo fundó la ciudad de la Isabela y la fortaleza de Santo Tomás: y cómo descubrió la isla de Jamaica, y vio

particularmente la isla y costa de Cuba; y de las primeras muestras de oro de minas que se llevaron a España.

Dicho se han el primero y segundo viajes que el almirante don Cristóbal Colón hizo a estas islas y Indias, y cómo en el primer camino dejó treinta y ocho hombres en tierra del rey o cacique Goacanagarí. Aquellos cristianos escogió que le parecieron de mejor tiento y esfuerzo; pero como conocía la fragilidad de esta humana vida, dejó tantos, porque si algunos muriesen, otros quedasen que él pudiese hallar cuando volviese; y también para que fuesen parte para corregir y enmendar los unos a los otros, si entre ellos algún exceso se cometiese. Y no dejó más de aquéllos, porque tenía necesidad de los que le quedaban en los navíos, para volver a España, y porque esta gente le pareció muy doméstica y mansa. Así que, para fronteros o hacer guerra no quedaban, ni el pensamiento del Almirante fue que los indios tal tentarían, según su masedumbre, porque si él esto sospechara, no los dejara. Pero para lenguas y sostenerse en paz, eran muchos; y cierto, para aquello bastaran diez o doce, y no había de dejar más; o habían de quedar doscientos, y él no los tenía. Finalmente, su intención erró menos en los mandar quedar, que ellos mismos en no se saber conservar y estar bien ordenados. Con todo eso, el Almirante les hizo muchas amonestaciones, y dioles la orden que debían tener para se conservar entre aquestas gentes salvajes. Prometiéndoles muchas mercedes, partió con ellos así de los bastimentos, como de todo lo demás que él pudo darles para su vestuario. Dejóles armas, de las cuales les exhortó que no usasen en ninguna manera, sino siendo muy forzados y no siendo jamás los agresores; y encomendolos, cuanto más aficionadamente lo supo mostrar, al señor de la tierra, Goacanagarí, al cual dio asimismo muchas cosas, porque mejor los tratase y favoreciese. Y quedó por capitán con esta gente, como tengo dicho, un buen hidalgo, natural de Córdoba, llamado Rodrigo de Arana, y asimismo quedó con ellos otro hombre de bien, llamado maestre Juan, gentil cirujano. Pero, como los más de aquellos hombres que así quedaron eran marineros, y estos tales es gente sobre sí, y tan diferentes de los de la tierra como lo es su oficio, muy pocos de ellos o ninguno hubo capaz para lo que el Almirante los quería: que era saberse comportar y regirse entre los indios, y aprender la lengua y sus costumbres, y comportar los defectos y bestialidades que en los indios vieses. Mas, en la verdad, hablando sin perjuicio de algunos marineros que hay, hombres de bien, y comedidos y virtuosos, soy de opinión que por la mayor parte, en los hombres que ejercitan el arte de la mar, hay mucha falta en sus personas y entendimiento para las cosas de la

tierra; porque, demás de ser, por la mayor parte, gente baja y mal adoctrinada son codiciosos y inclinados a otros vicios, así como gula, y lujuria, y rapiña, y mal sufridos. Y como no cupo en los que Colón dejó en esta isla, alguna parte de prudencia ni vergüenza para se sostener, obedeciendo a los preceptos de tan prudente varón, ni quisieron estar quedos donde él los había dejado, dieron mala cuenta de sus personas, o no dieron ninguna, pues no les quedó vida para ello.

Luego se supo de los indios cómo aquellos cristianos les hacían muchos males, y les tomaban las mujeres y las hijas y todo lo que tenían, según lo querían hacer. Y con todo esto, vivieron en tanto que estuvieron quedos y acaudillados; mas, así como se descomedieron con el capitán que les quedó y se entraron la tierra adentro, pocos a pocos y desviados los unos de los otros, todos los mataron sin que alguno quedase. Súpose asimismo que la elección de los dos capitanes que el Almirante mandó que quedasen para después del primero, fue mucha causa de su separación, porque, según los indios decían, cada uno de los otros quiso ser capitán; y así como el Almirante se partió para España, comenzaron a estar diferentes y dividirse, y cada uno de ellos quiso ser la cabeza y el principal; y la señoría de muchos no es útil en los hechos de guerra, según dice Livio. Y así hubo lugar su perdición por sus diferencias; y no teniendo en nada a los indios, de dos en dos, y tres en tres, y pocos juntos, se esparcieron en diversas partes, usando de sus ultrajes en tal manera, que los indios, no lo pudiendo ya comportar, y durmiendo unos y otros descuidados dejando las armas, o cuando mejor aparejo se fallaba, a todos les dieron la muerte, sin que ninguno dellos quedase.

Y como el Almirante volvía consigo algunos de los indios que había llevado a España, entre ellos uno que se llamaba Diego Colón, y había mejor que los otros aprendido, y hablaba ya medianamente la lengua nuestra, por su interpretación, el Almirante fue muy enteramente informado de muchos indios y del propio rey Goacanagarí de cómo había pasado lo que es dicho, mostrando este cacique mucho pesar de ello. Pero muy mayor le sintió el Almirante, el cual, después de se haber certificado de esto, desde a pocos días que estuvo en Puerto Real, se vino a una provincia de esta isla y hizo allí una ciudad que nombró la Isabela.

Desde aquélla partió con dos caravelas el Almirante a descubrir, y dejó en esta isla Española por su teniente y gobernador a don Diego Colón, su hermano, entre tanto que llegaba don Bartolomé Colón, adelantado y hermano suyo asimismo, que había quedado en España y venía de Inglaterra a buscar al Almirante. Y dejó al comendador mosén Pedro Margarite por

alcaide de una fortaleza que el Almirante había mandado hacer en las minas que llaman de Cibao (que son las más ricas de esta isla, a par de un río que llaman Janico), así como se tuvo noticia de ellas; en las cuales se cogieron algunos granos de oro por los españoles, porque los indios no lo sabían coger si no se lo hallaban encima de la tierra. Y también los españoles no tenían aquella experiencia que los antiguos asturianos, y lusitanos, y gallegos tuvieron antiguamente en este ejercicio de las minas en las provincias que he dicho en España, de donde los romanos tan grandes tesoros hubieron.

Esta fortaleza fue la segunda que hubo en esta isla, y allí fue el comendador mosén Pedro Margarite primer alcalde de ella; y llamáronla Santo Tomás, porque, como estaban en duda del oro, y quisieron ver y creer, como de esto fueron certificados los cristianos, quiso el Almirante que la fortaleza se llamase como he dicho. Pero en aquel principio no se sacó sino poco oro, con el cual envió el Almirante, en ciertos navíos, al capitán Gorvalán. Y este hidalgo llevó las nuevas del oro y minas ricas de Cibao a los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel; por lo cual le hicieron mercedes, aunque otros quieren decir que el que primero trajo las muestras del oro a España, por mandado del Almirante, fue el capitán Antonio de Torres, hermano del ama del príncipe don Juan, de gloriosa memoria.

Así que, hallado el oro, el Almirante puso en efecto su camino y salió de la Isabela, y con él otros caballeros, y los que le pareció que convenía llevar en dos caravelas muy bien armadas y proveídas. En tanto que él iba a descubrir, se siguieron muchos trabajos a los cristianos que aquí quedaban, como se dirá adelante. Y aquel mismo año de noventa y cuatro se perdieron en la Isabela cuatro navíos, uno de los cuales fue la nao capitana llamada *Marigalante*.

Deste viaje descubrió el Almirante la isla de Jamaica, que ahora se llama Santiago, hasta la cual hay, desde la parte más occidental de esta isla (que es la punta del Tiburón), veinte y cinco leguas. Pero la verdad es que el Almirante llamó el principio o parte más oriental de esta isla cabo de San Rafael, y al cabo último y más occidental de la isla llamó cabo de San Miguel; al cual, ahora, algunos ignorantes de la verdad le llaman el cabo del Tiburón. Tornando a Jamaica, digo que está aquella isla en diez y siete grados de la línea equinoccial; tiene de longitud cincuenta leguas o más, y de latitud, veinte y cinco; pero, primero que el Almirante la descubriese, fue a la isla de Cuba, y vio sus costas más particularmente que cuando la había descubierto en el primer viaje; la cual ahora se llama isla Fernandina, en memoria del serenísimo y Católico Rey don Fernando, de gloriosa memoria. Esta isla creo yo que es la que el cronista

Pedro Mártir quiso intitular Alfa, y otras veces la llama Juana; pero de tales nombres no hay en estas partes y Indias isla alguna. Y no sé qué le pudo mover a la nombrar así; pero, pues de estas islas adelante se ha de tratar más especificadamente, basta lo que en esto está ya dicho.

Capítulo XIII

Que trata de los trabajos y guerras que pasaron los cristianos que quedaron con don Diego Colón y con el adelantado don Bartolomé Colón en la villa de la Isabela, en tanto que el Almirante fue a descubrir desde allí; y de lo que acaeció con ciertas tórtolas al alcalde mosén Pedro Margarite en la fortaleza de Santo Tomás; y de la población y fundamento de aquesta ciudad de Santo Domingo, adonde el Almirante tornó después de haber descubierto a Jamaica y otras cosas, etc.

Cuando el Almirante primero partió de la ciudad de la Isabela, dejó por su teniente y gobernador de esta isla, y con toda la más gente de los cristianos, a don Diego Colón, su hermano, entretanto que venía, como después vino, el adelantado don Bartolomé Colón, su hermano.

Habéis de saber que como luego que se pobló aquella ciudad y el Almirante repartió los solares para que los españoles hiciesen, como hicieron, sus casas, y les señaló las caballerías y tierras para sus heredamientos, viendo los indios que esta vecindad les había de durar, pesos de ver el propósito de los cristianos. Y para excusar esto y darles ocasión que se fuesen de esta tierra, pensaron un mal ardid con que murieron más de las dos partes o la mitad de los españoles, y de los propios indios murieron tantos que no se pudieran contar. Y esto hízose de forma que no se pudo entender ni remediar, porque como eran tan nuevos en la tierra los cristianos, no caían en el trabajo en que estaban, ni le entendieron; y fue aqueste. Acordaron todos los indios de aquella provincia de no sembrar en el tiempo que lo debían hacer, y como no tuvieron maíz, comiéronse la yuca, que son dos maneras de pan, y el principal mantenimiento que acá hay. Los cristianos comiéronse sus bastimentos; y aquéllos acabados, queriéndose ayudar de los de la tierra, que los indios acostumbran, no los tenían para sí ni para ellos. Y de esta manera se caían los hombres muertos de hambre, en aquella ciudad, los cristianos; y en la fortaleza que es dicha de Santo Tomás, donde estaba el comendador mosén Pedro Margarite, también por la misma necesidad se le murió la mitad de la gente, y por toda la tierra estaban los indios muertos a cada parte. El

hedor era muy grande y pestífero; las dolencias que acudieron sobre los cristianos fueron muchas, allende del hambre; y de esta manera, los indios efectuaban su mal deseo, que era, o que los cristianos se fuesen huyendo por falta de bastimento, o que se muriesen, si quedasen, no lo teniendo. Los indios que escapaban metíanse la tierra adentro y desamparaban la conversación de los nuestros, por les hacer más daño y ir a buscar de comer por otras provincias.

En este tiempo de tanta necesidad se comieron los cristianos cuantos perros gozques [pequeños] había en esta isla, los cuales eran mudos, que no ladraban; y comieron también los que de España habían traído, y comiéronse todas las *hutías*² que pudieron haber, y todos los *quemís*,³ y otros animales que llaman *mohuy*, y todos los otros que llaman *coris*,⁴ que son como gazapos o conejos pequeños. Estas cuatro maneras de animales se cazaban con los perros que se habían traído de España; y desde que hubieron acabado los de la tierra, comiéronse a ellos también, en pago de su servicio. Y no solamente dieron fin a estos cinco géneros de animales de cuatro pies, que solamente había en esta isla; pero, acabados aquéllos, se dieron a comer unas sierpes que se llaman *iguana*, que es de cuatro pies, de tal vista que, para quien no la conoce, es muy espantoso animal. Ni perdonaron lagartos, ni lagartijas, ni culebras, de las cuales hay muchas y de muchas maneras de pinturas, pero no ponzoñosas. Así que, por vivir, a ninguna bestia o animal de cuantos he dicho perdonaban; porque cuantos podían haber, iban al fuego, y cocidos o asados, no faltaba a su necesidad apetito para comer estas cosas tan temerosas a la vista. De lo cual y de la humedad grandísima de esta tierra, muchas dolencias graves y incurables, a los que quedaron con la vida, se les siguieron. Y de esta causa, aquellos primeros españoles que por acá vinieron, cuando tornaban a España algunos de los que venían en esta demanda del oro, si allá volvían, era con la misma color de él; pero no con aquel lustre, sino hechos azamboas⁵ y de color de azafrán o ictericia; y tan enfermo, que luego, o desde a poco que allá tornaban, se morían, a causa de lo que acá habían padecido, y porque los bastimentos y el pan de España son de más recia digestión que estas hierbas y malas viandas que acá gustaban, y los aires más delgados y fríos que los de esta tierra. De manera que, aunque volvían a Castilla, presto daban fin a sus vidas, llegados a ella.

² Mamífero roedor abundante en las Antillas, de pelaje espeso, suave y leonado, más oscuro por el lomo. Es comestible y se conservan varias especies.

³ Especie de conejo, ya extinguido, que existió en Cuba.

⁴ Conejillo de indias.

⁵ Variedad de cidra semejante al limón muy arrugada.

Padecieron más estos cristianos, primeros pobladores de esta isla, mucho trabajo con las niguas,⁶ y muy crueles dolores y pasión del mal de las bubas, porque el origen de ellas son las Indias. Y digo bien las Indias, así por la tierra donde tan natural es esta dolencia, como por las indias mujeres de estas partes, por cuya comunicación pasó esta plaga a algunos de los primeros españoles que con el Almirante vinieron a descubrir estas tierras, porque, como es mal contagioso, pudo ser muy posible. Y de éstos, después de tornados en España y haber sembrado en ella tal enfermedad, de ahí pasó a Italia y a otras partes.

Así que digo que al tiempo que en la Isabela los cristianos padecían estos males que he dicho, y otras muchas necesidades (que por evitar prolijidad se dejan de decir), estaba el comendador mosén Pedro Margarite con hasta treinta hombres en la fortaleza de Santo Tomás, en las minas de Cibao, sufriendo las mismas angustias que los de la Isabela; porque también les faltaba de comer, y tenían muchas enfermedades, y padecían aquellos trabajos a que están obligados los primeros pobladores de tierras tan apartadas, y tan salvajes y dificultosas para los que tan lejos de ellas se criaron; y por estas causas, los que en esta fortaleza estaban se morían y de cada día eran menos. Porque para salir de la fortaleza eran pocos; dejarla sola, era mal caso; la lealtad de aquel caballero era la que debía; el Almirante estaba fuera de la isla, en el descubrimiento que he dicho; los que en la Isabela estaban con el adelantado don Bartolomé, tenían tanto trabajo que no se podían valer; los indios habíanse ido la tierra adentro los que querían o podían escapar de la hambre; de manera que, estando este alcaide y su gente a tan fuerte partido, vino un día un indio al castillo (porque, según él decía, el alcalde mosén Pedro Margarite le parecía bien y era hombre que no hacía ni consentía que fuese hecha violencia ni enojo a los indios y naturales de la tierra), y trajo este indio al alcaide un par de tórtolas vivas presentadas. Y siéndole dicho al alcaide, mandó que lo dejaran subir a la torre donde él estaba; y subido el indio le dio las tórtolas, y el alcalde le dio las gracias y la recompensa en ciertas cuentas de vidrio (que los indios en esa sazón apreciaban mucho), para se poner al cuello. Y el indio ido muy gozoso con su sartal, dijo el alcalde a los cristianos que con él estaban en el castillo, que le parecía que aquellas tórtolas eran pocas para comer todos de ellas, y que para él solo tendría para comer aquel día con ellas; todos dijeron que él decía bien, y que para todos no había nada en aquel presente, y él podría pasar aquel día con las tórtolas y las había más

⁶ Insecto originario de América y muy extendido también en África, parecido a la pulga, pero mucho más pequeño y de trompa más larga. Las hembras fecundadas penetran bajo la piel de los animales y del hombre, principalmente en los pies, y allí depositan la cría, que ocasiona mucha picazón y úlceras graves.

menester, porque estaba más enfermo que ninguno. Entonces dijo el alcalde: “Nunca plega a Dios que ello se haga como lo decís: que pues me habéis acompañado en la hambre y trabajos de hasta aquí, en ella y en ellos quiero vuestra compañía, y pareceros, viviendo o muriendo, hasta que Dios sea servido que todos muramos de hambre o que todos seamos de su misericordia socorridos.” Y diciendo aquesto, soltó las tórtolas, que estaban vivas, desde una ventana de la torre, y fueronse volando.

Con esto quedaron todos tan contentos y hartos, y como si a cada uno de los que allí estaban se las diera; y tan obligados se hallaron por esta gentileza del alcalde, para sufrir con él lo que les viniese, que ninguno quiso dejar la fortaleza ni su compañía, por trabajo que tuviese. Estando, pues, en tanta necesidad los cristianos, por la continuación de estas fatigas y dolencias que he dicho, y porque para ser cumplidos sus males no les faltasen ningún afán, sobrevinieron muchos vientos del Norte (que en Castilla se llama cierzo), y en esta isla es enfermo; y moríanse no solamente los cristianos, pero, como es dicho, los naturales indios.

No teniendo ya otro socorro sino el de Dios, Él permitió su remedio; y éste fue la mudanza de la ciudad de la Isabela, donde estaban los españoles avecindados. Y para esta trasmigración acaeció que un mancebo aragonés, llamado Miguel Díaz, hubo palabras con otro español, y con un cuchillo dióle ciertas heridas; y aunque no murió de ellas, no osó atender, aunque era criado del adelantado don Bartolomé Colón, y ausentose de temor del castigo, y con él, siguiéndole y haciéndole amigable compañía, cinco o seis cristianos; algunos de ellos porque habían sido participantes en la culpa del delito del Miguel Díaz, y otros porque eran sus amigos. Y huyendo de la Isabela, fuéronse por la costa arriba hacia el Este o Levante, y bojáronla hasta venir a la parte del Sur, adonde ahora está aquesta ciudad de Santo Domingo, y en este asiento pararon, porque aquí hallaron un pueblo de indios. Y aquí tomó este Miguel Díaz amistad con una cacica, que se llamó después Catalina, y hubo en ella dos hijos, andando el tiempo. Pero, desde a poco que aquí se detuvo, como aquella india principal le quiso bien, tratole como amigo que tenía parte en ella, y por su respecto, a los de demás; y dióle noticia de las minas que están siete leguas de esta ciudad, y rogole que hiciese que los cristianos que estaban en la Isabela que él mucho quisiese, los llamase y se viniesen a esta tierra que tan fértil y hermosa es, y de tan excelente río y puerto; y que ella los sostendría y daría lo que hubiesen menester. Entonces este hombre, por complacer a la cacica, y más porque le pareció que llevando nueva de tan buena tierra y abundante, el adelantado, por estar en parte tan estéril y enferma, le perdonaría, y principalmente

porque Dios quería que así fuese y no se acabasen aquellos cristianos que quedaban, acordó de ir al adelantado, y atravesó con sus compañeros por la tierra, guiándole ciertos indios que aquella su amiga mandó ir con él hasta que llegaron a la Isabela, que está cincuenta leguas de esta ciudad, poco más o menos. Y secretamente tuvo manera de hablar con algunos amigos suyos, y supo que aquel hombre que había herido estaba sano; y así osó ver al adelantado, su señor, y pedirle perdón en pago de sus servicios y de la buena nueva que le llevaba de aquesta tierra y de las minas de oro. Y el adelantado le recibió muy bien y le perdonó, y hizo las amistades entre él y su contendiente. Y después que le hubo oído muy particularmente las cosas de esta provincia y de esta ribera, determinó de venir en persona a verla, y con la compañía que le pareció, vino aquí y halló ser verdad todo lo que Miguel Díaz había dicho; y entró en una canoa o barca de las que tienen los indios, y tentó este río llamado Ozama, que por esta ciudad pasa, hízolo sondar, y tentó la hondura de la entrada del puerto, y quedó muy satisfecho y tan alegre como era razón; y fue a las minas y estuvo en ellas dos días, y cogióse algún oro. Y desde allí se volvió a la Isabela, y dio muy grande placer a los españoles todos, después que les hubo dicho lo que había visto por acá; y dio luego orden cómo la gente toda viniese con él por tierra a este asiento, y mandó traer por la mar lo que allá tenían los cristianos, en dos caravelas que tenían; y llegó a este puerto, según algunos dicen, domingo día del glorioso Santo Domingo, a cinco días de agosto, año de mil y cuatrocientos y noventa y cuatro años. Y fundó el dicho adelantado don Bartolomé aquesta ciudad, no donde ahora está, por no quitar de aquí a la cacica Catalina y a los indios que aquí vivían, sino de la otra parte deste río de la Ozama, junto a la costa y enfrente de esta población nuestra. Pero, inquiriendo yo y deseando saber la verdad por qué esta ciudad se llamó Santo Domingo, dicen que, además de haber allí venido a poblar en domingo y día de Santo Domingo, se le dio tal nombre, porque el padre del primer Almirante y del Adelantado, su hermano, se llamó Domínico, y que en su memoria, el hijo llamó Santo Domingo a esta ciudad.



La ciudad de Santo Domingo y el río Ozama

Desde a dos meses y medio, pocos más o menos días, vino el Almirante y los que con él habían ido a descubrir; y llegado a esta ciudad, envió luego a saber si era vivo mosén Pedro Margarite, y mandó por su carta que él y todos los que con él hubiese, se viniesen para él y dejasen la fortaleza en poder del capitán Alonso de Hojeda, que fue el segundo alcalde de ella, y así lo hicieron. Y llegados aquí, se repararon todos por la abundancia y fertilidad de la tierra, y cobraron salud.

Después que todos fueron juntos, como nuestro común adversario nunca se cansa ni cesa de ofender y tentar a los fieles, sembrando discordias entre ellos, anduvieron muchas diferencias entre el Almirante y aquel padre reverendo, fray Buyl. Y aquesto hubo principio porque el Almirante ahorcó a algunos, y en especial a un Gaspar Ferriz, aragonés; y a otros azotó; y comenzó a se mostrar severo y con más rigurosidad de la que solía, puesto que, aunque fuese razón de ser acatado, y se le acordase de aquella grave sentencia del emperador Otto: *pereunte obsequio imperium quo que intercidit*; que dice: si no hay obediencia no hay señoría; también dice Salomón: *universa delicia operit charitas*. Pues si todos los delitos encubre la caridad, como

el sabio dice en el proverbio alegado, mal hace quien no se abraza con la misericordia, en especial en estas tierras nuevas, donde, por conservar la compañía de los pocos, se han de disimular muchas veces las cosas que en otras partes sería delito no castigarse. Cuanto más debe mirar esto el prudente capitán que otro ninguno, pues está escrito: constituyéronse por caudillo, no te quieras ensalzar; más serás en ellos así como uno de ellos. Autores son de estas palabras santas Salomón y San Pablo. El Almirante era culpado de crudo en la opinión de aquel religioso, el cual, como tenía las veces del Papa, íbale a la mano; y así como Colón hacía alguna cosa que al fraile no pareciese justa, en las cosas de la justicia criminal, luego ponía entredicho y hacía cesar el oficio divino. Y en esa hora el Almirante mandaba cesar la ración, y que no se le diese de comer al fray Buyl ni a los de su casa.

Mosén Pedro Margarite y los otros caballeros entendían en hacerlos amigos, y tornábanlo a ser; pero para pocos días. Porque así como el Almirante hacía alguna cosa de las que he dicho, aquel padre le iba a la mano y tornaba a poner entredicho y a hacer cesar las horas y oficio divino, y el Almirante también tornaba a poner su estanco y entredicho en los bastimentos, y no consentía que le fuesen dados al fraile ni a los clérigos, ni a los que los servían. Dice el glorioso San Gregorio “Nunca la concordia puede ser guardada, sino por sola la paciencia; porque continuamente nace en las obras humanas por donde las ánimas de los hombres sean de su unidad y amor apartadas.”

A estas pasiones respondían diversas opiniones, aunque no se publicaban; pero cada parte tuvo manera de escribir lo que sentía en ellas a España. Por lo cual, informados en diferente manera los Reyes Católicos de lo que acá pasaba, enviaron a esta isla a Juan Aguado, su criado (que ahora vive en Sevilla). Y así se partió con cuatro caravelas y vino acá por capitán de ellas, como parece por una cédula que yo he visto de los Reyes Católicos, hecha en Madrid a cinco de mayo, año de mil y cuatrocientos y noventa y cinco; y por otra cédula mandaron a los que estaban en las Indias que le diesen fe y creencia, la cual decía así: “El Rey, la Reina: caballeros y escuderos y otras personas que por nuestro mandado estáis en las Indias, allá os enviamos a Juan Aguado, nuestro repostero, el cual de nuestra parte os hablará. Nos os mandamos que le déis fe y creencia. De Madrid, a nueve de abril de noventa y cinco años. Yo el Rey.-Yo la Reina.” Y de Fernán Álvarez, secretario, refrendada.

Este capitán hizo pregonar en esta isla Española esta creencia, y por ella todos los españoles se le ofrecieron en todo lo que les dijese de parte de los Reyes Católicos: y así, desde a

pocos días, dijo al Almirante que se aparejase para ir a España, lo cual él sintió por cosa muy grave, y vistiose de pardo, como fraile, y dejose crecer la barba.

Esta vuelta del Almirante a España fue año de noventa y seis, en manera de preso, puesto que no fue mandado prender; y mandaron llamar el Rey y la Reina a fray Buyl y a mosén Pedro Margarite, y fueron a España en la misma flota; y asimismo el comendador Gallego, y el comendador Arroyo, y el contador Bernal de Pisa, y Rodrigo Abarca, y Micer Girao, a Pedro Navarro, que todos éstos eran criados de la casa real; y llegados todos en España, cada uno se fue por su parte a la corte a besar las manos a los Católicos Reyes. Y aunque por cartas desde acá, y después personalmente allá, oyeron a fray Buyl y otros quejosos, y fueron aquellos bienaventurados príncipes informados de las cosas del Almirante (y por ventura haciéndolas más criminales de lo que eran), después que a él le oyeron, habiendo respeto a sus grandes servicios, y por su propia y real clemencia, no solamente le perdonaron, pero diéronle licencia que tornase a la gobernación de estas tierras. Y mandaron que continuase el descubrimiento de lo restante de estas Indias, y encargáronle mucho aquellos cristianísimos Reyes el buen tratamiento de sus vasallos españoles y de los indios, y que él fuese más moderado y menos riguroso, como era razón. Y el Almirante así lo prometió no obstante que los más de los que de acá fueron, hablaron mal en su persona. De lo cual no me maravillo, aunque él no tuviera culpa alguna; porque, como a algunos de los que a estas partes vienen, luego el aire de la tierra los despierta para novedades y discordias: que es cosa propia en las Indias; así, naturalmente, están los indios y gentes naturales de ellas muy diferentes de continuo; y no sin causa, por este pecado y otros muchos que entre ellos abundan, los ha Dios olvidado tantos siglos.

A esto, también, de las discordias que entre los cristianos ha habido en los tiempos pasados, o primeros años que acá pasaron, dieron mucha ocasión los ánimos de los españoles, que de su inclinación quieren antes la guerra que el ocio, y si no tienen enemigos extraños, búscanlos entre sí, como lo dice Justino; porque su agilidad y grandes habilidades los hacen muchas veces mal sufridos. Cuanto más que han acá pasado diferentes maneras de gentes; porque, aunque eran los que venían, vasallos de los reyes de España, ¿quién concertará al vizcaíno con el catalán, que son de tan diferentes provincias y lenguas? ¿Cómo se avendrán el andaluz con el valenciano, y el de Perpiñán con el cordobés, y el aragonés con el guipuzcoano, y el gallego con el castellano (sospechando que es portugués), y el asturiano y montañés con el navarro, etc.? Y así, de esta manera, no todos los vasallos de la corona real de España son de

conformes costumbres ni semejantes lenguajes. En especial, que en aquellos principios, si pasaba un hombre noble y de clara sangre, venían diez descomedidos y de otros linajes oscuros y bajos. Y así, todos los tales se acabaron en sus rencillas.

Mas, como la cosa ha sido tan grande, nunca han dejado de pasar personas principales en sangre, y caballeros, y hidalgos que se determinaron de dejar su patria de España para se avvicinar en estas partes, y especial y primeramente en esta ciudad, como sea lo primero de Indias donde se plantó la sagrada religión cristiana.

Mas, porque me parece que se me podría notar a descuido dejar de decir dos plagas nuevas que los cristianos, en este segundo viaje del Almirante (entre otras que he dicho y muchas que se dejan de decir), padecieron, las diré en el siguiente capítulo, porque fueron de mucha admiración y peligrosas. Y una de ellas fue transferida, con esta vuelta de Colón a España y de allí a todas las otras provincias del mundo todo, según se cree.

Capítulo XIV

De dos plagas o pasiones notables y peligrosas que los cristianos y nuevos pobladores de estas Indias padecieron y hoy padecen algunos. Las cuales pasiones son naturales de estas Indias, y la una de ellas fue transferida y llevada a España, y desde allí a las otras partes del mundo.

Pues que tanta parte del oro de estas Indias ha pasado a Italia y Francia, y aun a poder asimismo de los moros y enemigos de España, y por todas las otras partes del mundo, bien es que, como han gozado de nuestros sudores, les alcance parte de nuestros dolores y fatigas, porque de todo, a lo menos por la una o por la otra manera, del oro o del trabajo, se acuerden de dar muchas gracias a Dios. Y en lo que les diere placer o pesar, se abracen con la paciencia del bienaventurado Job, que ni estando rico fue soberbio, ni siendo pobre y llagado impaciente: siempre dio gracias a aquel soberano Dios nuestro.

Muchas veces, en Italia me reía oyendo a los italianos decir el *mal francés*, y a los franceses llamarle el *mal de Nápoles*; y en la verdad, los unos y los otros le acertaran el nombre si le dijieran el *mal de las Indias*. Y que esto sea así la verdad, entenderse ha por este capítulo y por la experiencia grande que ya se tiene del palo santo y del guayacán, con que especialmente esta terrible enfermedad de las bubas, mejor que con ninguna otra medicina, se cura y guarece;

porque es tanta la clemencia divina, que adonde quiera que permite por nuestras culpas nuestros trabajos, allí, a par de ellos, quiere que estén los remedios, con su misericordia. De estos dos árboles se dirá en el libro X, capítulo II; ahora sépase cómo estas bubas fueron con las muestras del oro de estas Indias, desde aquesta isla de Haití o Española.

En el precedente capítulo dije que volvió Colón a España el año de mil cuatrocientos y noventa y seis; así es la verdad; después de lo cual vi y hablé a algunos de los que con él tornaron a Castilla, así como al comendador mosén Pedro Margarite, y a los comendadores Arroyo y Gallego, y a Gabriel de León, y Juan de la Vega, y Pedro Navarro, repostero de camas del príncipe don Juan, mi señor, y a los más de los que se nombraron donde se dijo de algunos criados de la Casa Real que vinieron en el segundo viaje y descubrimiento de estas partes. A los cuales y a otros oí muchas cosas de las de esta isla, de lo que vieron y padecieron y entendieron del segundo viaje, allende de lo que fui informado dellos, y otros del primer camino, así como de Vicente Yáñez Pinzón (que fue uno de los primeros pilotos de aquellos tres hermanos Pinzones de quien queda hecha mención), porque con éste yo tuve amistad hasta el año de mil y quinientos y catorce, que él murió. Y también me informé del piloto Hernán Pérez Mateos, que al presente vive en esta ciudad, que se halló en el primer y tercer viajes que el almirante primero, don Cristóbal Colón, hizo a estas Indias. Y también he habido noticia de muchas cosas de esta isla, de dos hidalgos que vinieron en el segundo viaje del Almirante, que hoy día están aquí y viven en esta ciudad, que son Juan de Rojas y Alonso de Valencia, y de otros muchos que, como testigos de vista en lo que es dicho tocante a esta isla y a sus trabajos, me dieron particular relación. Y más que ninguno de todos los que he dicho, el comendador mosén Pedro Margarite, hombre principal de la Casa Real, y el Rey Católico le tenía en buena estimación.

Y este caballero fue el que el Rey y la Reina tomaron por principal testigo, y a quien dieron más crédito en las cosas que acá habían pasado en el segundo viaje, de que hasta aquí se ha tratado. Este caballero mosén Pedro andaba tan doliente y se quejaba tanto, que también creo yo que tenía los dolores que suelen tener los que son tocados de esta pasión, pero no le vi bubas algunas. Y desde a pocos meses, el año susodicho de mil y cuatrocientos y noventa y seis, se comenzó a sentir esta dolencia entre algunos cortesanos; pero en aquellos principios era este mal entre personas bajas y de poca autoridad, y así se creía que le cobraban allegándose a mujeres públicas, y de aquel mal trato libidinoso; pero después extendiose entre algunos de los mayores y más principales.

Fue grande la admiración que causaba en cuantos lo veían, así por ser el mal contagioso y terrible, como porque se morían muchos de esta enfermedad. Y como la dolencia era cosa nueva, no la entendían ni sabían curar los médicos, ni otros, por experiencia, aconsejar en tal trabajo.

Siguiose que fue enviado el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, a Italia con una hermosa y gruesa armada, por mandado de los Católicos Reyes y como su capitán general, en favor del rey Fernando, segundo de tal

nombre en Nápoles, contra el rey Carlos de Francia, que llamaron de la cabeza gruesa; y entre aquellos españoles, fueron algunos tocados de esta enfermedad, y por medio de las mujeres de mal trato y vivir, se comunicó con los italianos y franceses. Pues, como nunca tal enfermedad allá se había visto por los unos ni por los otros, los franceses comenzáronla a llamar *mal de Nápoles*, creyendo que era propio de aquel



reino; y los napolitanos, pensando que con los franceses había ido aquella pasión, llamáronla *mal francés*; y así se llama, después acá, en toda Italia; porque hasta que el rey Charles pasó a ella, no se había visto tal plaga en aquellas tierras.

Pero la verdad es que de aquesta isla de Haití o Española pasó este trabajo a Europa, según es dicho; y es acá muy ordinario a los indios; y sábense curar, y tienen muy excelentes hierbas y árboles y plantas apropiadas a esta y otras enfermedades, así como el guayacán (que algunos quieren decir que es hebeno), y el palo santo, como se dirá cuando de los árboles se tratare.

Así que, de las dos plagas peligrosas que los cristianos y nuevos pobladores de estas Indias padecieron, y hoy algunos padecen, que son naturales pasiones de esta tierra, esta de las bubas es la una, y la que fue transferida y llevada a España y de allí a las otras partes del mundo, sin que acá faltase la misma. Así que, continuando el propósito de los trabajos de Indias, dígame la otra pasión, que se propuso, de las niguas.

Hay en esta isla y en todas estas Indias, islas y Tierra Firme, el mal que he dicho de las bubas, y otro que llaman de las niguas. Esto de las niguas no es enfermedad, pero es un mal acaso; porque la nigua es una cosa viva y pequeñísima, mucho menor que la menor pulga que se

puede ver. Pero, en fin, es género de pulga, porque, así como ella, salta, salvo que es más pequeña. Este animal anda por el polvo, y donde quiera que quisieren que no le haya, hase de barrer a menudo la casa. Entrase en los pies y en otras partes de la persona, y en especial, las más veces, en las cabezas de los dedos, sin que se sienta hasta que está aposentada entre el cuero y la carne y comienza a comer de la forma que un arador y harto más; y después, cuanto más allá está, más come. De manera que, como acuden las manos rascando, este animal se da tanta prisa a multiplicar allí otros sus semejantes que, en breve tiempo, hace muchos; porque luego que entra el primero, se anida, y hace una bolsilla, entre cuero y carne, tamaña como una lenteja (y algunas como garbanzo), llena de liendres, las cuales todas se tornan niguas. Y si con tiempo no se sacan con un alfiler o aguja, de la forma que se sacan los aradores, son malas; y en especial que después que están criadas (que es cuando comienzan mucho a comer), de rascarlas, se rompe la carne y espárcense de manera que si no las saben agotar, siempre hay en qué entender.



En fin, como en esto tampoco eran diestros los cristianos, como en el curarse de las bubas, muchos perdían los pies por causa de estas niguas, o a lo menos algunos dedos dellos, porque después se enconaban y hacían materia, y era necesario curarse con hierro o con fuego. Pero aquesto es fácil de remediar presto, sacándolas al principio. Y yo las he tenido en mis pies, en estas islas y en la Tierra Firme, y no me parece que en hombres de razón es cosa para se temer, aunque es enojo en tanto que dura o está la nigua dentro; más fácil cosa es sacarla al principio. Yo tengo averiguado, y así lo dirán las personas que tienen experiencia en sacar estas niguas, que es menester tener aviso, cuando las sacan, para las matar; porque alguna vez, así como con el alfiler o aguja la descubren, rompiendo el cuero del pie, así salta y se va la nigua como una pulga. Esto acaece si ha poco que allí entró; y por esto se cree que la que entra en el pie, después que ha hecho su mala simiente, se va, así como vino, a otra parte a hacer más mal; o por ventura, por sí se despide del pie, después de haber dejado en él una mala enjambre de innumerable simiente y generación.